



ACTIVIDADES



01. Busca el significado de todas las palabras que aparecen en el relato de "El Circular" y que desconoces.
02. ¿Qué temas crees que se tratan en este relato?
03. ¿En qué piensas que consiste el acoso sexual? Documentate en la forma más adecuada de reaccionar ante estas situaciones.
04. ¿Te ha pasado alguna vez que algo o alguien que creías conocer te acabara sorprendiendo?
05. Busca la definición de estereotipo y de etiqueta.
06. Investiga en los medios de comunicación las características que componen los estereotipos de los siguientes grupos: inmigrantes, rumanos, africanos, extranjeros.
07. ¿Cómo podemos hacer para cambiarlos?
08. Inventa un final diferente para este relato.
09. Cuenta el relato de "El Circular" a tu familia y escribe sus comentarios y reflexiones. Pregúntales si han vivido casos parecidos.

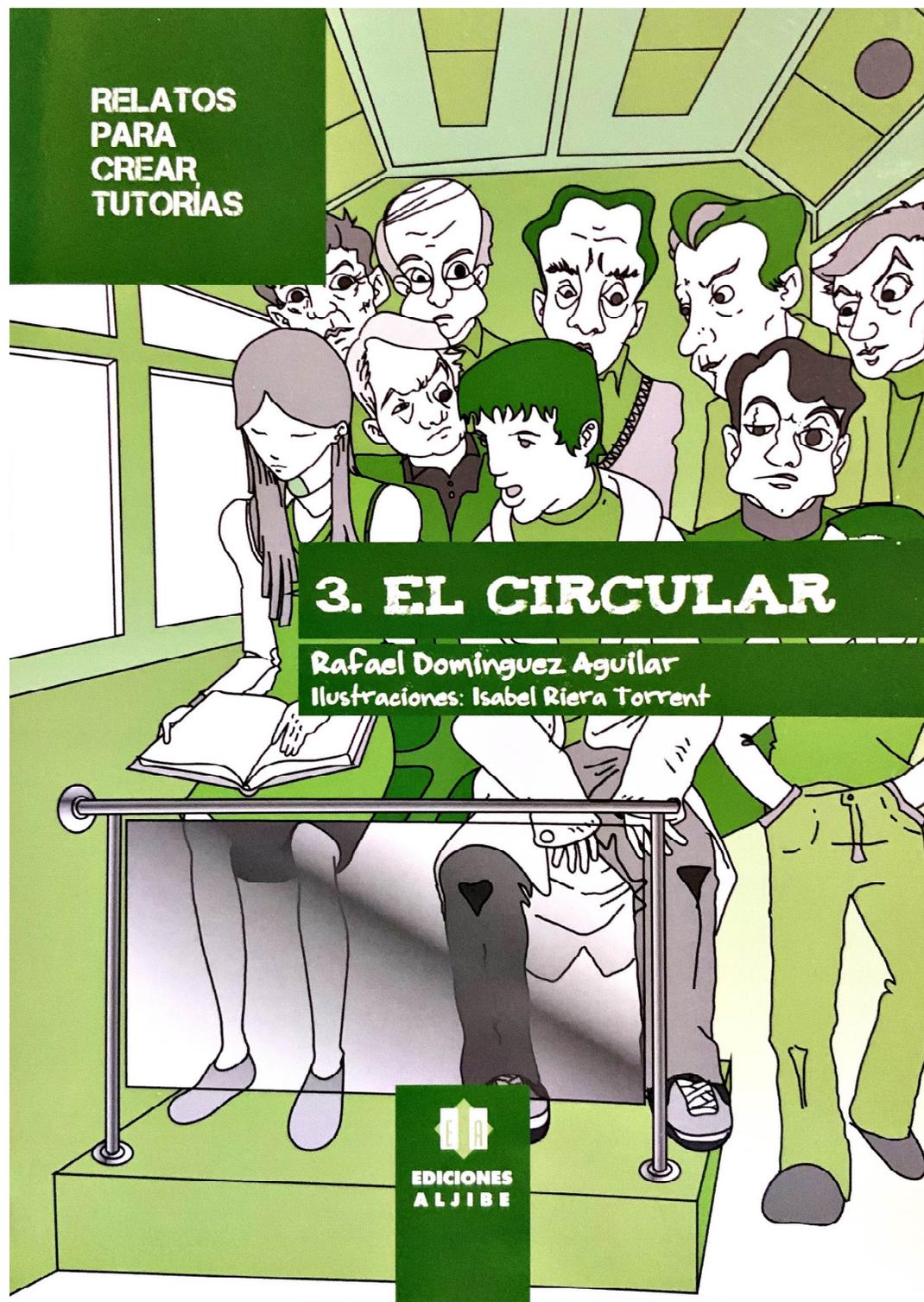


RELATOS PARA CREAR TUTORÍAS

3. EL CIRCULAR

Rafael Domínguez Aguilar

Ilustraciones: Isabel Riera Torrent



EDICIONES
ALJIBE

Cada día llegaba con el tiempo justo, con la ropa medio puesta y con las mismas pocas ganas. Con la misma prisa y los mismos bostezos, me detenía en la parada de siempre y esperaba el mismo transporte de todos los días.

Cada día subía a aquella misma guagua e iniciaba un trayecto repetido con las mismas caras, las mismas vidas. Las mismas sensaciones, las mismas esperanzas, los mismos recorridos, los mismos asientos pero en diferentes días que tal vez resultaron ser también los mismos.

Cada día coincidíamos las mismas personas. Como el señor de abrigo negro y maletín de profesor que cada día se subía en la parada de La Alegría, la de su casa, junto con los que parecían ser su esposa y el bebé de ambos. Él se bajaba un par de paradas antes y se alejaba diciéndoles adiós con la mano, en dirección contraria. Ninguno de los que íbamos en aquella guagua suponía que el final de aquel niño estaba tan cerca, como tan cerca estaba el destino de cada uno de nosotros.

Podría repetir la lista de cada uno de aquellos viajeros como quien repite la alineación histórica de su equipo de fútbol favorito. La señora del pelo casi rojo y de gestos abruptos que miraba al chófer con desdén. La pareja de adolescentes parca en palabras, vestida con ceñidas prendas tres tallas menores, que

parecían comunicarse sólo a través de mensajes de móvil. La profesora de mirada perdida, como de futuro incierto aunque fuera funcionaria, cuyo semblante mejoraba en el trayecto de vuelta. Los trabajadores del centro comercial de uniforme azul y sonrisas blancas. Los había para todos los gustos... Pero había dos personas que me llamaban la atención por encima de todas. Un chico de unos veinte y pocos años, de boca entreabierta y de cuyo labio inferior brotaba un ligero goteo de saliva, vestido con un abrigo grisáceo ajado por el paso del tiempo y manchado con restos de comidas antiguas, de pelo aplastado por el paso de los días y por la falta de higiene. Y una chica de melena rubia, de pulcro aspecto que desprendía un aroma a rosas frescas y que cada



día acariciaba las páginas de un libro diferente y con cuya lectura se abstraía de aquel universo diverso, de olores y visiones rutinarias.

Cada día la chica subía una de las primeras, sonreía con dulzura al chófer, ocupaba su asiento junto a una ventana y devoraba el libro de turno. Diez o doce paradas más tarde, casi a mitad de trayecto, subía aquel muchacho a la ya atestada guagua y dirigía sólo su mirada en busca de la rubia lectora. Cuando daba con ella, arrastraba hasta allí sus pies y su abrigo y esperaba, día tras día, a que quedara libre el asiento contiguo. Nunca tuvo esa suerte hasta ayer. Hasta aquel entonces sólo pudo acercarse a la chica cuando ella se levantaba para marcharse. En esos escasos segundos él la seguía hasta la puerta, milimétricamente pegado a su cuerpo, sin que la inocente muchacha fuera consciente de ese presunto acto obscuro de espionaje e intromisión intimidatorio.

De ese roce suave que todos contemplábamos sin disimulo se esperaba un fatal desenlace, como que ella se girara, le golpease la cara con la mano abierta y le gritara "¡Guarro!". Pero no pasó nada. Hasta ayer.

Ayer un señor dejó el sitio libre antes de tiempo junto a la rubia lectora y allí, literalmente pegado al asiento, estaba nuestro personaje de abrigo gris para ocuparlo con premura. Una vez senta-

do, se giró hacia la muchacha y de la boca entreabierta dejó escapar unas gotas de saliva mientras se acercaba lenta e irremisiblemente. Ella continuaba absorta en su lectura. Los que éramos conscientes de aquella presunta situación de acoso, apretábamos nuestros puños y, preparados, anhelábamos una intervención rápida, una llamada de auxilio... Pero ella no levantaba la mirada del texto, concentrada, mientras él invadía peligrosamente su espacio, lentamente y sin remisión. Hasta que percibió su aliento. Fue entonces cuando entornó aquellos bellos ojos y se dirigió al muchacho, despacio y con una tranquilidad pasmosa:

**FUE
ENTONCES
CUANDO
ENTORNÓ
AQUELLOS
BELLOS OJOS
Y SE DIRIGIÓ
AL MUCHACHO**

—¿Te gusta leer? —le dijo mientras se acercaba un poco más a él—. Mira, este es el libro que estoy leyendo hoy. Cuenta la historia...

El muchacho no le quitaba los ojos al libro, como si hubiera descubierto por fin un fantástico tesoro. Entonces volví a fijarme en él y no me pareció

tan desaseado, solo que con ropas algo pasadas de moda que intentaba ocultar torpemente bajo un chaquetón de guata varias tallas mayor y de color gris perla.

En ese instante comprobé que las mismas personas no son siempre las mismas y que los que vemos diferentes pueden ser iguales. Ese día me di cuenta de que la belleza podemos encontrarla en cualquier parte, si dejamos que ella nos impregne.